to por la elocuencia, sorprende, que la primera academia del reino no invite á los oradores sagrados á subir á su tribuna: nada inspiraría mas emulacion á los verdaderos talentos. La nacion conocería mejor sus oradores, y les distribuiría con mas dicernimiento y solemnidad la porcion de gloria que les fuera debida. Convendría que de esta tribuna resonaran santos discursos: cinco veces al año, sea en las grandes solemnidades, ó en otros dias particulares, serían marcados tales discursos por un ilustre concurso.

Los oyentes se unen á los predicadores por la sólida instruccion que les dan; mas algunas veces aquellos se descuidan de sacar su doctrina de la fuente de donde corre, faltandoles el estudio de la moral. Que se nutran los predicadores de la lectura de San Basilio, pues este gran maestro del arte habia penetrado las profundidades del Evangelio y las del corazon humano: que mediten á San Gregorio Papa, y la segunda parte de Santo Tomás que es una obra maestra de moral; en fin, que lean los diversos tratados compuestos sobre esta materia inagotable.

Los predicadores no evitan con el cuidado que debieran, lo que es opinable en las escuelas. Muchas veces por hacer ostentacion de su ciencia, por zelo indiscreto ó por error, confunden lo que no es dogma con el dogma mismo; ó por lo menos aprocsiman tanto la opinion con el dogma, que el auditorio mas ilustrado apenas vé la diferencia. Con esto se perjudican los mas caros intereses de la religion: su espíritu se estravía, y se priva de sus funciones sagradas á la razon, cuyos derechos descienden de la sabiduría ó de la razon eterna de Dios. "Que vuestra fé sea racional" dice San Pablo. Asi pues, no deben jamás tratarse en el púlpito las materias muy delicadas: la suerte y la naturaleza de las penas de los niños muertos sin bautismo, los juicios impenetrables de Dios sobre los infieles &. no se han de discutir por el predicador. Dejense estas verdades formidables en el abismo en que Dios las ha sepultado.

Lease sin cesar á Bossuet, concíliese el sueño en la meditacion de sus escritos inmortales, y se despertará con sus pensamientos.

No todo debe ser grande en un discurso: el humilde hisopo cerca del cedro le hace parecer mas magestuoso.

No use jamás el orador de la palabra *fortuna:* con ella lastima el oido aun de los profanos, y choca á la dignidad del lugar santo.

Alabad poco en el púlpito; y cuando las circunstancias impongan un deber indispensable de hacerlo, convertid la alabanza en leccion. Se vé con algun disgusto en los sermones del Padre Bourdaloue, que con frecuencia se elogia á Luis XIV. Bossuet á pesar de la fuerza de su genio, se abatía á la alabanza; Fenelón era mas sobrio; y Massillon la empleaba con mucho arte.

Se vé una cosa notable en la muerte del Duque de Borgoña. En ninguna de las oraciones fúnebres compuestas en honor de este Príncipe, se hace el elogio de Fenelón, cuando debía tener el segundo lugar. La Parisiére y Maboul le olvidaron, y el mismo Larue temía hablar de él. ¿No es esta una tacha del siglo? Unicamente Sanadon se atrevió á hablar de este hombre. Luis XIV cerraba todas las bocas que no

se abrian sino para él y sus funestas victorias. Se vé frecuentemente en los mas famosos oradores de su reino, mezclada su grandeza terrestre con la magestad de la religion.

Si el enfriamiento de la piedád hace abandonar nuestros templos, no podremos disimular que tambien hay una falta por nuestra parte. Este patético que lleva tantos espectadores á las representaciones profanas, y que las apasiona por la mentira, está casi ignorado y mudo en la cátedra de la verdad. ¿No somos sucesores de los Profetas? ¿Los rayos que lanzaban los Pablos, Ambrosios y Crisostomos, están estinguidos? Desengañémonos: los ministros de la palabra no llamarán á los oyentes sino por un lenguage vehemente y sublime.

La palabra animada por vivas imágenes, por grandes figuras, por el transporte de las pasiones, y por el encanto y la armonía: he aquí el caracter de la poesía, dice Fenelón. En sus diálogos muestra, aun por el ejemplo de Jesucristo, que iguales leyes convienen á la elocuencia.

Que la oracion esté de tal suerte encadenada por el raciocinio y los movimien-

tos, que el auditorio no pueda salir del asunto en que se le ha encerrado.

El dia de hoy la elocuencia está rodeada de escollos: las costumbres delicadas ecsigen un estilo muy culto. La parte de la nacion que raciocina pide discursos pensados: el gusto en general quiere rasgos de espítitu, y nada de esto es la elocuencia. ¿Como superar estas dificultades y resistir al siglo? por el valor mismo que este arte debe inspirar. Lo que diga la elocuencia, lo dice el movimiento; los rasgos de espíritu le contienen, y las mácsimas le estinguen. El estilo muy culto distrae de la accion. Asi pues, todo pensamiento para no estar fuera de su lugar, debe llevar una prueba ó un sentimiento que hagan obrar: la mácsima ha de conmover, y el estilo abrir el camino hácia el alma. De aquí se formará este principio general: nada haya en el discurso que deba hacer pensar, pues todo ha de hacer obrar. *Non tam verborum ornatibus comptum est quám violentum animi affectibus . . . . fertur quippe impetu suo.*

La elocuencia es para hablar á los sentidos del hombre: ella conmueve debilmen-

te á quien ha reflecionado mucho, pues este mira al travez de todos los velos. La elocuencia y la reflecion se combaten, y la razon embota el sentimiento.

El corazon del hombre què piensa, por decirlo asi, está todo entero en su espíritu. He aquí por qué todos los raciocinadores piden pruebas.

El filósofo no es sensible á la elocuencia, sino por lo que le queda de comun con los hombres groseros: él juzga menos como sensible, que como observador. De aqui es que á proporcion que un siglo sea mas filósofo, la elocuencia debe declinar.

La elocuencia es la razon de la multitud.

Dirigíos á la fuerza; todo lo que es dulce se presta poco á la grandeza; la palabra del genio arrebata con fuerza.

Que vuestro vigor no sea, como el siglo lo entiende, un vigor de mácsimas, sino de sentimientos: que vuestra elocuencia sea varonil, y que profundice y trabaje en el fondo de los corazones.

El efecto de la *palabra* sobre un pueblo, es la regla infalible de su situacion relativa á las ciencias.

Los oradores son cierta especie de reyes entre las naciones que obran y desean; y tienen poco poder entre las que meditan y gozan.

Las artes colocadas bajo los ojos como la pintura y arquitectura, conservan mas largo tiempo su imperio. El sentido de la vista es como una barrera que las defiende de las empresas del mal gusto. Las artes sometidas al oido se preservan menos, porque este sentido está mas aprocsimado al espititu, y se estravía de los objetos sensibles. De ahi vienen las frecuentes variaciones sobre el verdadero caracter de la música, y de ahi muchas variaciones sobre la elocuencia misma, que apegándose al oido menos que la armonía, se estravía en el espíritu que la quiere analizar.

La dependencia mas ó menos fuerte en que estamos de los objetos sensibles, y cuyos grados están muy bien marcados en la naturaleza, se manifiesta en los pueblos por el estado de las artes. Los mas sujetos á los sentidos fueron siempre los mas cultivados. La pintura y la escultura hicieron inmortales á los Griegos: estas mismas artes ilustraron á Roma mas que sus brillan-

tes conquistas. En fin, la filosofia ocupó entre los unos y los otros el tercer orden.

Si las artes que dependen tan fuertemente de los sentidos tienen el primer rango entre los pueblos, no se humillan por esto con ellas; por el contrario, se les dá cierta dignidad á la misma dependencia de los pueblos.

El orador despues de las mácsimas no será aquel que despierta mas pensamientos, [esta funcion es de la filosofia] sino el que ecsita mas sentimientos

Toda la naturaleza está en movimiento para el corazon del hombre, siendo este el centro de las sensasiones producidas por el universo. El Cielo ha creado la elocuencia para conducirla hasta nosotros, y el perfecto orador es aquel que conoce mejor los medios por los que el hombre comunica con la naturaleza.

Si la elocuencia de Demostenes conviene al foro, la de Cicerón toca mejor la del púlpito.

A proporcion que el hombre es mas elocuente, se espresa con mas fuertes movimientos.

La elocuencia es un fuego con mas ó

menos grados. y por lo mismo no se han de emplear en ella sino materias que alumbren.

Cuando se discuten puntos de religion no se multipliquen los raciocinios: escójanse los mas fuertes, reúnanse, y formese con ellos un atado que no se pueda romper: se debilita una causa queriendola probar demasiado.

No reunais de tal suerte vuestras pruebas, que no se encuentren aqui y allí algunas que sean facilmente entendidas por los mas sencillos Si no dejais caer algunas espigas, ¿qué quedará para que recoja el pobre?

Un orador que compone mucho un asunto terrible, da á sospechar que el espanto está lejos de su corazon, y no se halla sino en sus labios.

Es necesario que haya un gusto muy esquisito para contenerse en medio de un bello entusiasmo, pues en este casi siempre da al travez el genio: el bello espíritu está muy lejos del escollo para temerlo.

El medio infalible para determinarse á sacrificar en un discurso algunas bellezas que están fuera de su lugar, es releer-

lo con frecuencia, pues con este arbitrio se conocerá que tales bellezas son un lujo, el cual con haber gozado de él un poco de tiempo, basta para que disguste.

Siempre hay que crear para el hombre que medita. Las ideas elementales de la naturaleza, son como el alfabeto en las lenguas, que ofrecen combinaciones infinitas; porque su relacion con la causa primera es inagotable.

Las ideas sublimes salen de tres fuentes: del corazon por un sentimiento vehemente; de la imaginacion por una grande imagen; y del juicio por un rasgo profundo de razon.

El hombre de genio no se levanta mas alto en sus pensamientos que el ordinario; mas él suprime las ideas intermediarias y en esto consiste su superioridad.

Es un privilegio del sublime merecer mas bien perdon de sus estravios, que de medianas bellezas.

El caracter del sublime es el de hacer sentir mas bien una belleza, que mostrarla: á la primera ojeada, no asombra el aspecto de San Pedro de Roma.

En una alma trabajada por el dolor,

nacen los grandes sentimientos. Los hombres que solo conocen la prosperidad y los placeres, no son capaces de grandes ideas ni de sentimientos elevados. De la contradiccion nace la energía del alma, y ella tiene fuerzas reservadas para las desgracias. El genio sin la ayuda de las penas, es un rey sin súbditos; y el mismo fuego que le consume, le hace brillar. El alma arrastrada fuera de si misma, es esclava de los placeres que goza. El cielo avaro de sus dones, ha reservado la fuerza para aquellos que combaten. ¿De qué utilidad será la fuerza para los que están esclavizados? La adversidad concentra á el alma en medio de sus facultades, ecsita sus potencias y á cada instante aumenta su resorte.

Los genios que han hecho mucho ruido en el mundo, han caminado en medio de las contradicciones Homero vivió desgraciado: Lucrecio dió á luz sus pensamientos, entre los ecsesos mas violentos de sus males: Demóstenes lanzo rayos, porque oyó tronar la tempestad á su derredor. La elocuencia de Cicerón se encendió con la llama de la discordia. Tacito sintió despertar su genio al ruido de las cadenas en

que gemía el universo, despues que Roma conoció los tiranos: Tasso avivó su ingenio en las molestias: Milton, comprometido en las facciones, transportó á los cielos los combates que desolaban á su patria: el ciudadano faccioso dió á luz al poeta sublime. La religion ofrece un espectáculo mas hermoso. San Crisóstomo vuelve de sus destierros con nuevas armas para la elocuencia: Bossuet ecsitado por la contradiccion, comunica la agitacion de su genio á sus escritos: toma en sus manos el rayo del Ecselso y arroja á sus pies á los monarcas y á los imperios: Young oprimido bajo el peso del dolor, forma del universo un monton de ruinas, y hace eclipsar la augusta luz de la naturaleza delante de la sombría llama de la muerte: Los filósofos instruyen á la tierra en medio de sus adversidades: Descartes en la persecucion hizo pedazos la antigua máquina del mundo y reconstruyo una nueva: Galileo en las prisiones, pesó los elementos, y la naturaleza asombrada recibió sus leyes. El genio parece que solo es libre en medio de los hierros: la paz le debilita y le precipita en el sueño. La agitacion renueva

la juventud de los imperios y los conduce á su grandeza; porque entre los trastornos la magestad de la virtud aparece á los ojos del pueblo con todo su brillo, al mismo tiempo que los vicios se dejan ver con toda su deformidad. Respetemos la desgracia: ella posee la mas bella dominacion, y la unica que dura tanto como el universo.

Es muy dificil contenerse en los límites de la sana elocuencia Si la primera y segunda edad de la Grecia tuvieron poetas, historiadores y filósofos inmortales; los oradores no comenzaron sino con la tercera edad. Isocrates, Izeo. Licias, aparecieron en primer lugar: Demostenes vino despues, y luego que pasó éste degeneró la elocuencia: Demetrio de Phaleris adoptando un estilo suave y florido bajo Theofastro su maestro, no ofrece mas gracias y espíritu; el fuego sagrrdo de la elocuencia se estinguió en el fondo de los corazones. Algunos siglos despues renació de sus cenizas, bajo la pluma de San Basilio, San Gregorio Nacianceno y San Crisóstomo; mas acabó con ellos.

Roma, segun Salustio. despreció mucho tiempo el arte de la palabra; y no la

poseyó en alto grado, sino en los tiempos de la caida de la República, durante el siglo de Augusto. ¿Qué era la elocuencia en tiempo de Manlio, á quien Títo Livio presta sin duda sus mas bellos discursos como á sus otros heroes? ¿Qué era en tiempo de los Gracos? En los dias de Antonio, y sobre todo en los de Crasso, segun la confesion del mismo Cicerón, comenzó la elocuencia de Roma á ser rival de la de Atenas La Italia la vió revivir un momento bajo el reinado de los Medícis: ella despertó un instante en Francia en el reinado de Francisco I, é inmediatamente murió para renacer en el siglo inmortal de Luis XIV: entonces se elevó al mas alto punto, y ya el autor del Telémaco se queja que ha descendido de su gloria. ¿Qué es en fin entre nosotros? no me pertenece decirlo; si ella truena y si lo trastorna todo, Roma y Atenas no tienen cosas que les envidiemos.

La Grecia poseyó la elocuencia mas largo tiempo que ningun otro pueblo; porque los Griegos todo lo pintaban y animaban: de lo que infiero que la elocuencia que pinta y enciende es la de

la naturaleza.

Desde que la razon se somete á la palabra, el orador no habla sino por imágenes.

Los sofistas Griegos desecharon la elocuencia, y en Roma la sufocaron los retóricos.

Está en la naturaleza del espíritu humano destruir bien presto la elocuencia: siempre inquieto quiere descomponerlo todo, y entonces deja vivir la palabra.

Siguiendo el uso establecido, es casi imposible á los predicadores llegar á la perfecta elocuencia. Las estaciones que deben llenar les obligan á hablar sobre todas materias y á tratar todos los géneros; y es natural que haya algunos discursos para los que falta el genio. Que hagan los oradores eleccion de lo que les convenga, reconociendo, que la naturaleza no concede la universalidad de los talentos. Los genios sombríos debian adoptar asuntos de esta clase: la muerte, el juicio y las penas de la otra vida, serían materias muy bien tratadas por ellos; y las estaciones del adviento y cuaresma, son bastante estensas para tratar á fondo tales asuntos. Los espíritus

raciocinadores y profundos que traten de la moral inagotable para quien la sabe meditar: los genios sensibles que tocaran el ramo que trata de la caridad, del amor del prójimo, de la limosna, de las aflicciones; en una palabra. de todos los asuntos sentimentales; y los sombríos y fuertes podrían encargarse de los panegíricos y oraciones fúnebres, con todo lo que tiende á la invencion y á la grandeza de la composicion oratoria.

Asi en cada parroquia habría sus instrucciones familiares, y las principales iglesias consagradas á las estaciones, serían llenas por predicadores, segun el talento que les hubiera asignado la naturaleza, y los oyentes á su vez siguiendo sus inclinaciones y necesidades, buscarían al orador que mas les conviniera.

La dignidad de la voz contribuye mucho á la dignidad del santo ministerio.

Algunos silencios por intervalos añaden terror á la accion, y son como el reposo del rayo en la nube.

Una observacion bastante singular manifiesta que el comun de los oyentes vé mas que escucha al predicador: los ojos tienen

su manera de entender y se fatigan menos que el oido. Importa pues *pintar la palabra* y *hablar á los ojos*.

Se pregunta frecuentemente como ha de predicarse á la corte para sacar fruto. Se deben anunciar las verdades de la Religion en toda su estension, con fuerza y simplicidad: no hay que avergonzarse del evangelio, y de manifestar á Jesucristo crucificado: es preciso contraponer la conducta de los cortesanos á las mácsimas de la santa moral: entonces el predicador indefectiblemente será escuchado: él sacará por fruto de su apostolado algunas conversiones sinceras, y dejará terrores ocultos que trabajando en el fondo de los corazones, producirán su efecto en un tiempo propicio, cuando las desgracias, la edad y la refleccion conduzcan á pensamientos serios.

No se detenga el orador en vanas pinturas: establezca los grandes principios, y corte en lo vivo. Los retratos no son sino asuntos de diversion ó de burla: ellos son un espejo al lado del que se pone cada da uno para dirigir una mirada criminal y ouriosa, y pasar revista de los demás sin

colocarse nunca al frente, para verse á sí mismo.

Los sermones no han de durar mas de tres cuartos de hora; porque la atencion de los oyentes se cansa con mayor duracion. Pocas verdades de moral hay, espuestos nuestros principios, que no puedan inculcarse en este tiempo. El orador debe ecsitar sentimientos, manifestar uncion, desplegar lo patético, y tres cuartos de hora bastan para todo. Los grandes sentimientos se disipan cuando se predica muy largo: los oyentes son bastante instruidos, y no les falta mas que voluntad firme y sincera, la que se inspirará mejor en un discurso vivo y enlazado, que en un sermon dilatado que canse al espíritu, enfrié al corazon y dé reposo á la conciencia. Las homilías de los padres duraban mucho menos tiempo que el que hemos señalado. Se citará inutilmente á Bourdalué y Massillón. Los tiempos han cambiado, y es preciso que el orador, como San Pablo, se haga todo para todos, dejando mas bien deseo de la palabra, que esponerse á producir la saciedad en ella. Es mas facil al auditorio suplir lo que la discrecion del

predicador pasó en silencio, que escoger entre muchas palabras las que le convienen. Los sermones de Bourdalué son otros tantos tratados, y muchos de ellos considerados como instrucciones, podrian tener menor estension. Si los discursos de Massillon fueran mas cortos, las ideas serían mas precisas, mas fuertes y menos repetidas: y se encontraría aun mucho placer y abundancia en su estilo encantador.